

decir en los comienzos del reinado, «que el reinado presente del rey, su señor, era totalmente distinto del del difunto rey y que se encontraría en éste cierto lo que afirmase y que el sí sería sí y el no sería no;» pero observaba también que la conducta no respondía, ni mucho menos, á estas promesas. En septiembre de 1550 exponía á Marillac todos los agravios de la casa de Austria, y poco tiempo después añadía: «¿Y pensáis, señor embajador, que el emperador ha de consentir siempre tales cosas?»

A principio de 1551, todo tendía á la lucha abierta por ser la primavera «el tiempo en que ordinariamente se remueven los humores, así del cuerpo humano como del cuerpo político.» Sin embargo, transcurrió el verano entre protestas recíprocas del deseo de conservar la paz, desmentidas por los armamentos, las concentraciones de tropas y las maniobras que en todas partes se efectuaban. En septiembre, los embajadores de uno y otro país pidieron sus pasaportes, y María de Hungría, al hablar de las «neblinas» de los franceses en Alemania, preveía la inauguración de la campaña para el año 1552 (1).

### III.—La campaña del Rhin y el sitio de Metz

Las hostilidades comenzaron inmediatamente en Italia. El rey persistía no sólo en establecer fuertemente su autoridad en el Piamonte, sino, además, en formarse una clientela en la península: en octubre de 1547 había firmado con Paulo III una liga defensiva; en 1548 realizó un viaje por el Piamonte rodeándose de gran aparato militar, y en agosto entró en Turín, en donde recibió á sus aliados italianos, especialmente al duque de Ferrara; y en la primavera de 1551 declaró que tomaba bajo su protección al sobrino del papa, Octavio Farnesio, sitiado en Parma por los españoles, envió tropas á Siena y ordenó al mariscal de Brissac que comenzara las operaciones en el Piamonte. Con gran insistencia trataba de convencer al emperador de que los asuntos italianos eran como un terreno libre en donde podían los dos soberanos obrar sin que por ello se alterara la buena armonía entre ellos; pero esta era una situación equívoca que no podía durar y que se desenlazó en 1552 por medio de una guerra franca.

Los embajadores franceses propusieron en último término el mantenimiento de la paz, mediante que el emperador cediera á Francia, Milán, Asti, Nápoles y Sicilia, el Aragón y la soberanía de las Flandes y del Artois; que restituyera la Navarra á los Albret y que reconociera la libertad de Siena. Y las instrucciones añadían que si el emperador invocaba el tratado firmado en Crepy (después de tantos otros) por Francisco I, se harían «aparecer protestas suficientes y en buena forma

(1) También se recurría á manifiestos y á libelos: en los comienzos del año 1550, María de Hungría se lamentaba de que se hubiese permitido imprimir en Francia el *Parragon de vertu* que contenía (en su capítulo XXIV) conceptos infamatorios contra el emperador; á lo que el canciller contestaba que, según costumbre, no había revisado más que el título y las primeras hojas, respuesta que no satisfizo á María (Granv., III, 411). El condestable dióle satisfacción haciendo confiscar el libro y abriendo una información (pág. 416). Véase también la discusión entablada á propósito de *La Mer des Histoires*, pág. 528.

de Francisco I contra el dicho tratado.» De modo que se volvía siempre al mismo punto de partida.

Convínose que el condestable iría á atacar á Metz en tanto que el rey y Francisco de Guisa penetrarían en la Lorena con el pretexto de arreglar las cuestiones ducales, pero en realidad para despojar del poder á María Cristina, sobrina del emperador, que desempeñaba la regencia durante la menor edad de su hijo Carlos.

Enrique II, antes de ponerse en marcha, reunió el parlamento en asamblea solemne é hizo que Montmorency expusiera ante el mismo las razones de su política. Después de haber explicado lo que iba á hacer en Alemania, declaró que dejaba la regencia á la reina y á un consejo y reconoció al Parlamento, al cual era preciso atraerse, el derecho de formular las peticiones, salvo la necesidad de registrar íntegramente las decisiones del Consejo real, en el caso de que éste no atendiese dichas representaciones, porque el Consejo, decía, ha de conocer mejor que los magistrados la voluntad del rey, la importancia de los asuntos y los verdaderos motivos de los edictos.

Montmorency había reunido en Vitry un numeroso ejército, del cual nos da Rabutin una larga é interesante descripción:

«Para empezar primeramente en la infantería, había tres batallones nutridos, el primero de los cuales se componía de oficiales veteranos pagados y entretenidos desde los tiempos del rey en las guerras del Piamonte, de Champaña y de Boloña, con otros nuevos capitanes adiestrados al principio de estas guerras, sin contar algunos valientes soldados y jóvenes gentileshombres de casa, quienes estaban allí por gusto y sin sueldo del rey.

»El segundo batallón (era) de los gascones, armagnacs, vizcaínos, bearneses, bascos, perigordinos, provenzales y auverneses, formando una fuerza de diez á doce mil hombres, de los cuales podía haber de ocho á nueve mil que llevaban largos palos (picas) y de dos á tres mil arcabuceros. El tercero era de alemanes, en número, por lo que imagino, de siete á ocho mil, de quienes era coronel el conde Rheingrave...

»En cuanto á la gendarmería y caballería, podía haber mil ó mil cien hombres de armas, con el séquito de arqueros (2); los hombres de armas montados en grandes caballos turcos y caballos de España, armados desde la punta de la cabeza hasta la punta del pie, con la lanza, la espada, el estoque (espada larga), el machete ó la maza, sin nombrar su acompañamiento de otros caballos, en los que iban sus escuderos y criados; y delante de todos aparecían los jefes de las compañías y otros grandes señores, muy ricamente armados de arneses dorados y grabados de toda clase; sus caballos, robustos y diestros, bordados y caparazonados con bardas y láminas de acero, ligeras y ricas, ó con mallas fuertes y sueltas, cubiertas de terciopelo, de tisú de oro y de plata, orfebrería y bordados de indecible suntuosidad; los arqueros armados á la ligera, llevando la media lanza, la pistola en el arzón de la silla, la espada ó el machete... Respecto de la caballería ligera y de la arcabucería montada, podía haber unos dos mil solda-

(2) Cada hombre de armas llevaba consigo dos arqueros, véase pág. 80.

dos de caballería ligera, los cuales iban armados de lanza y corselete, brazal y borgoñotas, de media lanza ó pistola ó machete ó jabalina de Güeldres... Arcabuceros montados, había unos mil doscientos á mil quinientos, armados de cota y mangas de malla ó de pequeñas corazas, de borgoñotas ó morrión, y arcabuz de tres pies de largo en el arzón de la zilla.»

graneada con regularidad, y se conocen dos clases de arcabuces, el de mecha, en el que un muelle aproxima una mecha á una cazoleta llena de pólvora que comunica con el cañón del fusil, y el de rueda, en que la pólvora de la cazoleta se inflama por las chispas de un pedernal que frota con una rueda estriada movida rápidamente por un mecanismo. Este segundo procedimien-



Mauricio, duque de Sajonia. (Copia de un cuadro de Lucas Cranach el menor.)

A primera vista parece que este ejército difiere poco de los que acompañaron á Italia á Carlos VIII, Luis XII y Francisco I: son los mismos hombres de armas, con sus pesadas armaduras defensivas y con los caballos protegidos por bardas de hierro, y la lanza continúa siendo el arma ofensiva por excelencia; hasta la suntuosidad de los trajes recuerda las entradas triunfales de Carlos VIII en Nápoles y Francisco I en Milán. Pero en 1552 se cuentan 30.000 soldados de infantería por 3.000 hombres de armas y arqueros; y sobre todo vemos aparecer 2 ó 3.000 arcabuceros de á pie, arcabuceros montados, y hasta jinetes armados de pistolas, al paso que en 1520 apenas si había en las tropas francesas algunos centenares de arcabuceros por junto.

Y es porque, en efecto, se ha perfeccionado el sistema de las armas de fuego (1); la pólvora es mejor y está

(1) Artículo del coronel Ed. Theillier en *La guerre de 1557 en Picardie*, véase más adelante, pág. 348.

to, que evita los tanteos necesarios para encender la mecha, explica la existencia de arcabuceros montados y sobre todo la invención de las pistolas que modificarán radicalmente las condiciones del combate porque son armas esencialmente móviles. Sin embargo, la táctica no ha sufrido aún grandes modificaciones, particularmente entre los franceses; los estados mayores se mantienen aferrados á las antiguas prácticas y todavía tardará mucho en efectuarse la verdadera revolución militar.

El rey salió de Joinville, atravesó el Mosa y llegó delante de Toul, cuyas puertas le abrieron los magistrados en 10 de abril. El condestable, por su parte, entró en Pont-à-Mousson y acampó al pie de las murallas de Metz: esta ciudad hallábase bastante minada por las discordias y por la anarquía, pues el pueblo bajo era allí, como en todas partes en aquella época, hostil á la aristocracia gobernante; además, el obispo Roberto de Lenoncourt, completamente al servicio de Francia, ha-



bía organizado un partido favorable á Enrique II, tarea para él tanto más fácil cuanto que los habitantes de la población eran víctimas de las exacciones que en los alrededores de la misma cometían los capitanes imperiales. Ello no obstante, Montmorency no pudo apoderarse de la ciudad sino apelando á la astucia: en efecto, habiéndole concedido los miembros de la corporación municipal permiso para atravesar la ciudad aunque solamente con dos compañías de infantería, el condestable eligió soldados escogidos en número mucho mayor que el efectivo regular; cuando fué notada la estratagema, ya era tarde, pues una de las compañías estaba en el centro de la ciudad y la otra ocupaba una de sus puertas. Metz hubo, pues, de someterse y Montmorency la ocupó con sus fuerzas en 10 de abril.

En el entretanto, el rey y Francisco de Guisa se habían dirigido á Lorena, á la que era preciso substraer á la influencia imperial y en donde habían preparado el terreno Francisco y su hermano el cardenal. En cuanto llegó á Nancy, declaróse el rey «protector y conservador de las personas y de los bienes» del duque Carlos, y para mejor proteger á éste envióle á la corte, dió la regencia al conde Vaudemont y puso guarniciones en las plazas fuertes.

Enrique se juntó con Montmorency en Metz en 18 de abril, dirigiéndose luego todo el ejército hacia el Rin, pasando por Sarrebourg, atravesando con grandes penalidades los Vosgos, cubiertos todavía de nieve, llegando á Saverne el 3 de mayo y marchando luego sobre Estrasburgo, en donde el condestable creyó con sobrada candidez que podría repetir la estratagema que en Metz le diera tan buenos resultados. Pero los estrasburgenses desconfiaban y se negaron rotundamente á recibir al rey si le acompañaban más de cuarenta gentileshombres de su casa. «En cuanto á describir exactamente la situación y las murallas de Estrasburgo, dice Rabutin, no puedo hacerlo por no haber podido acercarme de una legua á la ciudad, ya que los ciudadanos no querían dejar entrar á nadie, ni siquiera acercarse á tiro de cañón.» Y añade: «Los habitantes de esta comarca son orgullosos y altaneros porque no están agobiados ni aplastados con grandes exacciones y no tienen costumbre de ver dormir en sus camas á gentes de guerra.» Contra este sentimiento de altiva independencia se estrellaban el condestable y el rey, del mismo modo que se había estrellado el propio emperador.»

También se estrellaron en Alemania contra un sentimiento nacional que se combinaba con las pasiones anti-imperialistas y se despertaba en cuanto se trataba de los extranjeros. El emperador había corrido por un momento los mayores peligros porque Mauricio de Sajonia, consumando su traición, habíase arrojado en 19 de mayo sobre Innsbruck, de donde apenas había tenido Carlos tiempo de huir. Esta tentativa llevó de nuevo al lado de Carlos á una parte de los alemanes. Los príncipes reunidos en Worms y la Cámara Imperial de Espira pidieron á Enrique II que no avanzara más. Carlos V recomendaba á su hermano que «hiciera ver á los Estados el daño que el de Francia hace al Sacro Imperio con (la ocupación de) Metz, Verdún y Thou, y la violencia que emplea con el duque de Lorena, confederado y aliado del dicho Sacro Imperio, exhortándoles á que quisieran considerarle y que no se

cosa que el dicho Sacro Imperio deba tolerar.» Por otra parte, María de Hungría había lanzado sobre el Luxemburgo un ejército que podía amenazar la línea de retirada de los franceses.

En su consecuencia, el ejército real retrocedió, no sin tener que vencer grandes dificultades, apoderándose de paso de Montmedy y de Bouillon y entrando el rey en Verdún. En 26 de julio fué preciso levantar el campo «tanto á causa de las enfermedades que se presentaban cuanto por la abundancia de las lluvias.» La campaña había sido provechosa y lo habría sido aun más si la dureza de Montmorency y los excesos de los soldados no hubiesen enajenado las simpatías de la población de los territorios nuevamente adquiridos.

Carlos se había afanado por reconciliarse con los luteranos y en 27 de mayo habíase abierto en Passau una dieta en la que una vez más se buscó un terreno de conciliación entre ambas religiones; pero los reformados, comprendiendo lo ventajoso de su situación, tenían toda clase de exigencias. Por su parte Carlos, acometido por escrúpulos de conciencia que la visión de la muerte hacía aún más intensos en aquella alma mística, no quería aceptar las cláusulas del tratado preparado por la dieta, y cuando Fernando le suplicaba que se resignara á ello, pues de lo contrario, «él, rey de los Romanos, no podría evitar su ruina, dado que los turcos habían ya penetrado en Transilvania y en Hungría con fuerzas considerables á las cuales no podría resistir sin ayuda del Imperio,» respondióle «que nada haría contra su deber y su conciencia aunque todo debiera perderse.»

Sin embargo, en 2 de agosto consintió en aceptar la transacción de Passau, por virtud de la cual anulaba el Interim de Augsburgo, prometía reunir una dieta para el arreglo de las cuestiones religiosas y ponía en libertad á todos los príncipes prisioneros desde la batalla de Mühlberg. Resueltas estas dificultades, pudo dedicar todas sus fuerzas á combatir á los enemigos exteriores.

Había reunido un numeroso ejército y de todas partes, especialmente de Italia, acudían partidas de soldados que poco á poco se juntaban en el valle del alto Danubio. Preguntábanse los franceses si aquellas fuerzas estaban destinadas á la guerra contra los turcos, quienes habían invadido de nuevo la Hungría occidental, ó si serían dirigidas contra Metz; la duda no era posible, sin embargo, pues Carlos V no podía, sin comprometer su autoridad en Alemania, aceptar como hecho consumado la posesión de Metz por la Francia, y así lo declara en varias ocasiones en sus cartas. Pero obró como siempre con lentitud, además de que ya no tenía la energía de otro tiempo: «Como Su Majestad, decía un confidente de Felipe II, quiere gobernar solo y atender á todo, todo se desorganiza.» En 18 de agosto, Carlos se hallaba todavía en Augsburgo y no había dado á conocer sus proyectos definitivos; en aquel mismo entonces (17 de agosto) llegaba Francisco de Guisa á Metz para organizar la defensa.

La ciudad de Metz (1) está circuida al Oeste, al

(1) Chabert, *Le siège de Metz en 1552, documents relatifs à l'organisation de l'armée de l'empereur Charles Quint, à ses travaux devant cette place...*, 1850. A. Paré, *Le siège de Metz en 1552* (publicado en 1847).

Norte y al Este por el Mosela y el Seille, que se juntan en su extremo Noroeste; estos dos ríos, anchos y caudalosos, divididos por islas en varios brazos, forman en torno de ella un cinturón natural muy fuerte, y únicamente en el Sur extiéndese desde el Seille al Mosela una vasta llanura por donde la plaza es directamente accesible. En los tres lados protegidos por las corrientes de agua había una simple muralla con algunas obras más importantes al Nordeste alrededor de las tres puertas que se abrían sobre el Seille y que eran la de Santa Barbara, la de los Alemanes y la Metzelle. Casi todas las defensas habían sido acumuladas en el Sur, desde la puerta de San Teobaldo, por la parte del Seille, hasta la torre del Infierno y la plataforma de Santa María por el lado del Mosela, con la puerta Champañesa en

marqués Alberto de Brandeburgo, que disponía de 3.000 jinetes, 15.000 infantes y 40 piezas de artillería: este personaje equívoco, arrojado de Alemania como un bandido, se había refugiado, gracias á la guerra, en la región lorenesa y negociaba á la vez con el rey de Francia y con el emperador; permanecía en las inmediaciones de Metz y solicitaba que le permitieran entrar en la plaza; pero Guisa, que con razón desconfiaba de él, no quiso acceder á sus deseos.

En 20 de noviembre llegó al campamento el emperador, tan enfermo que fué preciso conducirlo en litera, á pesar de lo cual en el último momento montó á caballo y se presentó ante su ejército en medio de grandes aclamaciones. Había vacilado mucho tiempo antes de comparecer allí y explicaba á su hijo que, en caso de



Moneda de plata con el busto del cardenal Alberto de Brandeburgo. (Museo Numismático de Berlín.)

el centro; pero estas fortificaciones ó eran anticuadas ó se hallaban en mal estado.

Guisa se ocupó inmediatamente en desarrollar el sistema de defensa, auxiliado por comisarios de artillería y «gentes expertas en materia de fortificaciones,» tales como los señores de Saint-Remy, de Ortobie y de Popincourt y Camilo Marín, este último, sobre todo, muy hábil y muy experimentado. Hizo visitar todos los puntos, reconstruir las murallas y las trincheras y completar el armamento; ordenó que se destruyeran los arrabales, siendo demolidas hasta las iglesias, entre ellas la antigua basílica de San Arnaldo; dispuso la desaparición de todos los edificios del interior de la ciudad que pudieran servir de blanco, con lo que los campanarios de los templos fueron arrasados ó transformadas sus plataformas de manera que en ellas pudieran instalarse baterías; mandó que fueran introducidas en Metz las cosechas y que quedara convertido en desierto el país ed muchas leguas á la redonda y expulsó de la plaza las bocas inútiles. Más de cien príncipes, señores ó simples gentileshombres habían acudido para «asistir por gusto al sitio,» entre ellos Enghien, Condé, Elbeuf y dos hijos de Montmorency.

El duque de Alba, á quien se había confiado el mando del ejército imperial, llegó delante de Metz el 19 de octubre y después de haber atacado primeramente la puerta de los Alemanes, volvióse casi repentinamente hacia el Sur y situó el grueso de su ejército entre el Seille y el Mosela, enfrente de las fortificaciones comprendidas entre la puerta de San Teobaldo y la plataforma de Santa María. Lo que para el duque de Guisa complicaba la dificultad de la defensa era la presencia del

una derrota, también se habría visto comprometida su gloria si se hubiese mantenido lejos de un asedio que sólo él había querido emprender. Comenzó por entablar negociaciones con Alberto de Brandeburgo, á pesar de lo mucho que esto le repugnaba, y cuando lo tomó á su servicio, un corresponsal de Felipe II insistía en la importancia de esta aproximación: «pero, decía, Su Majestad se verá obligado á dar la mano al marqués, lo cual es duro.»

A mediados de noviembre había en torno de Metz tres ejércitos: el campamento español, al Sur; el campamento llamado de la reina María (María de Hungría), al Norte; y el campamento del marqués de Alberto, al Sudoeste. Las principales operaciones del sitio realizábas el ejército del Sur, cerca del cual había instalado Carlos V su cuartel general; pero aunque los relatos hablan de millares de cañonazos disparados contra las puertas, y aunque se dirigieron grandes esfuerzos contra la puerta Champañesa, lo cierto es que los sitiadores operaron con mucha lentitud y que la plaza, según parece, no estuvo nunca seriamente amenazada. El duque de Guisa había escrito al rey en 6 de noviembre que se empeñaba en sostenerse en Metz y que el ejército real podía ser empleado en otras operaciones; esto no obstante, es inexplicable la inacción de Montmorency y de Enrique II, quienes se limitaron á enviar algunos socorros hasta que el bloqueo fué completo. Desde Saint-Mihid, el condestable llevó nuevamente el ejército á Reims, en donde estaba el rey, y á fines de noviembre á Compiègne: inactivo por el lado de Metz, en donde tan fácil era obrar, lo estuvo asimismo en Artois y en Picardía, en donde los enemigos causaron grandes daños.